

REVISTA

DE

ESTUDIOS HISPÁNICOS

TOMO I ~ OCTUBRE-DICIEMBRE, 1928 ~ NÚM. 4

OFRENDA EN TORNO AL SENTIDO DE LA VIDA EN MARTÍ¹

Ofrenda.—No puedo tener la pretensión petulante de descubrir una faceta nueva en el espíritu de Martí, porque vuestro justificado amor a la grandeza de su alma, y el fino análisis que de su obra ha venido haciendo el sutil ingenio cubano, han puesto al descubierto las múltiples batientes de luz que presenta su vigorosa y poemática figura.

Mi pretensión es humilde: vengo a rendir mi ofrenda ideal a la memoria de la personalidad más conmovedora, profunda y patética que ha producido hasta ahora el alma hispana en América; vengo a verter en el ara sagrada de su inmarcesible recuerdo unas palabras de filial devoción.

Martí no ha muerto.—Para ello no he menester apelar a ciertos tonos propios del panegirismo en la hora que sigue a la muerte, ya que Martí—paradoja aparente—no sólo no ha muerto, sino que, depurado, vive hoy con más lozanía y pujanza que en las horas dolientes de su ajetreado y fugaz tránsito por el escenario de la realidad. Recordad a este propósito la bella parábola del Oriente: “Cuando se echa un trozo de sal en el agua ya no puede separarse de ella, el agua adviene salada. ¿Dónde está la sal? Allí, fundida, como los ríos en el océano, sin nombre y sin forma.” He ahí lo que acontece con algunos grandes espíritus; se disuelven en el alma del todo para florecer en

¹ Conferencia dada en la Habana el 29 de enero de 1928.

los más recónditos e íntimos parajes de la espiritualidad. Tal Martí, absorbido por la Conciencia cubana, vive en los cantos melancólicos del pueblo; en el libro de horas que la muchacha culta y refinada tiene al alcance de su mano; en el aforismo encendido que se repite a sí mismo el humilde en momentos de decaimiento para que sirva de asilo a sus esperanzas; en la imagen que trazan los educadores ante la juventud cuando le leen esos admirables trozos que son pomos de concentrados aromas ideales; en la visión de justicia que en todo instante ofrece en sus páginas a la Conciencia pública de su patria. De esta suerte, Martí va envolviendo en la túnica amplia de su recuerdo e ideales el alma entera de Cuba y las Antillas.

¡Cuán profunda verdad hay en este verso de un gran poeta!:

“Lleva quien deja y vive el que ha vivido.”

Antonio Machado

¿Cómo vive Martí?—Mas si Martí vive enraizado a lo más profundo del alma de su pueblo, ¿vive sin embargo en la vida colectiva como ansió vivir? ¿Es su recuerdo y advocación cívica fuente de donde mane el ideal de vida que dió sentido a su existencia y valor simbólico a su muerte? Yo no puedo ni debo contestar a la pregunta que formulo, pero sí digo que toda actitud de adhesión íntima y verdadera a una doctrina, todo lazo que establezcamos con un ideal, sólo es fecundo en la medida que aquella doctrina o ideal no sea fontana seca, sino hontanar vivo, padre de vida, generador de una corriente de acciones reales, esto es, cooperador en la formación ulterior de la existencia.

Los grandes hombres son la clave con que descifrar el enigma histórico de los pueblos, ya que ellos son exponentes máximos de sus virtudes larvadas, latentes o potenciales; en ellos podemos medir la altura del nivel espiritual alcanzado por las más exquisitas fuerzas de un pueblo. Pero si a la raza se la juzga por sus hombres preclaros, la eficacia histórica de la obra de éstos depende en cambio de su mayor o menor influjo en la modelación de los altos

valores culturales que llegue a aceptar su país; es decir, del tanto en que enriquezcan la constelación de los valores en que se apoya la conducta de sus connacionales. Ése es el himeneo del grande hombre y su medio histórico; éste lo crea dándole lo más singular y propio de cada pueblo, la modalidad de su sensibilidad, y aquél lo recompensa brindándole su creación como nueva envoltura para la etapa de vida que él ofrece.

Las bases de su concepción.—Pero ¿cuáles fueron los bastiones ideales que sirvieron a Martí para edificar su concepción de la vida? Para contestar esta pregunta no es obstáculo el que dejara sin escribir su anunciado libro *El Concepto de la Vida*, pues dejó tantos manantiales acerca de ello, si bien dispersos, y son tan claros en cuanto al sentido y significación, que pudiera más bien afirmarse que la dificultad nace de la propia abundancia de textos; las propias palabras anunciadoras de su propósito son en sí mismas haces de luz: “Examinaré—escribe—esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestra naturaleza, torciéndola y afeándola.” ¿Se puede decir algo de más nítida procedencia romántica? ¿No está ahí retenido el grito perdurable de la credulidad en la bondad natural, la visión de la naturaleza como madre del bien y de la sociedad como aparato corruptor? Y ¿no es ésa la voz que venimos escuchando desde que la emitieron en la madre Grecia aquellos hombres obsesionados con la pureza moral, los cínicos, y más tarde la acogen anacoretas de todos los cultos, para ser subrayada en el siglo XVIII por el padre del romanticismo, Rousseau? Pero en el alma de Martí no se da en soledad esa corriente; al par y en alianza dramática con ella se ofrece la que va oculta en esta divisa así formulada por el pensador cubano: “Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo, la inteligencia.”

Predominio romántico.—Ambas corrientes se cruzan y batallan en su alma; empero en los momentos supremos prevalece el romántico, así cuando niño como cuando hombre, pues pone su confianza, dice, “en las fuerzas secretas que impelen a la Humanidad,” no en la razón;

para él, amor y dolor son los ojos de la historia; "amore e dolore, ecco il mondo," dirá el gran poeta; mas esa radical visión emocional forma parte esencial de la sustancia romántica, que si afirma la bondad natural y la espontaneidad, es precisamente porque tiene fe en los impulsos inmediatos, porque cree que Dios está más en contacto con el hogar del sentimiento que con el de la reflexión; de ahí el Rousseau de la "profesión de fe del Vicario Saboyano" ofreciendo a éste, como criterio para discernir la verdad, "el escuchar la simplicidad de su corazón."

Pero el romanticismo no pone siempre amor y dolor como temas de pareja importancia, sino que hay en él una tendencia marcada a cargar el acento ora sobre el amor, ya sobre el dolor, aconteciendo esto último en el romanticismo religioso cual el de Martí. Incluso cuando canta la vida, como lo que apetece es enfebreecer a su pueblo inculcándole el sentimiento de lo heroico, y éste, como sentimiento constante, requiere un ambiente interno propicio al sacrificio, se escapa la mirada a Martí por encima de los bardales de la vida. Meditando sus obras se ve que tuvo de continuo reclinada su conciencia en la hora liminar del tránsito en que se funde la orilla de la vida con la linde de la muerte; de ahí expresiones como ésta, de un intenso sabor ascético: "¡Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande!" ¡¡Se sale!!—habla Martí como si lo hiciese de un acto ya conocido por él; la tierra le estorba como a los místicos de todos los tiempos; la metáfora de la cárcel, lanzada al mundo por Platón, recogida por los alejandrinos y repetida por los místicos, halla acogida en Martí; las palabras anteriores trasminan anhelos de muerte.

Amor al dolor.—Se agudiza ese sentido de la visión martiana cuando se observa el amor con que trata al dolor, la complacencia con que acerca a su alma las ascuas del dolor a fin de que no cicatricen las llagas que abriera. Él comparte la actitud del gran maestro Eckart cuando escribe éste: "El corcel más rápido que nos lleva a la perfección es el dolor." También para Martí la vía que

ofrece el dolor es la vía purgativa del ánimo, como decía la mística española del siglo XVI; ama el dolor porque cree hace más acendrado al hombre, más íntimo consigo mismo, más específicamente humano. "Por el dolor, escribe Martí, se entra en la vida, por la poesía se sale de ella." Salir de la vida por la poesía es la redención por la estética; redención de tipo cristiano en Schiller, redención nirvánica, oriental, en Schopenhauer; mas el pensador cubano no conoce el quietismo; el alcance, pues, de esa expresión habrá que buscarlo exaltando el valor formativo que llegan a tener para él los altos goces estéticos, no como posada última, sino como estancia en que rehacer la fe en el combate.

Hay unas palabras dolientes y profundas en que Martí parece ser un hijo de Asís que oprime amorosamente contra su pecho al dolor: "La vida, dice, no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido." Ahí se ve como en Martí no existe la nota prometeica, tan vigorosa en Byron, tan dominada pero tan real en Goethe; no se revuelve contra el destino sino que besa las cadenas que éste le pone, y concentra sus fuerzas de luchador a fin de romper las que los hombres forjaron para mantener aherrajados a los suyos. De aquí las voces de los dos cruzados que hay en Martí, el de la mística fe en el valor religioso del hombre, y el filial de la bella y próspera quimera de la justicia terrena; cuando mira con ojos religiosos a las víctimas de los hombres musita estas palabras: "Dentro de él está Dios," o bien exhala estas otras no menos cargadas de aromas milenarios: "Infamar a un hombre es infamar a Dios." Cuando descuelga escudo y armas de caballero del ideal terreno, hay en su canto un ritornello con sabor de epifanía: ¡Libertad! ¡Honor! ¡Justicia! Por esto sería erróneo deducir de la apología del dolor, tan cara a Martí, una doctrina de renuncia; el hombre de acción evita el equívoco; Martí pertenece al grupo de los que consideran, ante el gran problema de la relación entre el ideal y la vida, que no es la vida la que ha de enfeudarse al ideal, sino el ideal quien debe penetrar la vida, posición

que representa la bisectriz de las dos direcciones: la ascética y la hedonista.

El respeto.—Pero la envoltura que urde Martí y con la cual como en tenue cendal immaculado pugna por salvar los valores humanos, es el respeto; el respeto, en el cual veía Goethe con razón el hogar de la religiosidad; el respeto, en el cual hallaba Martí el numen de la vida del espíritu; por eso ante el padre dilecto es su ofrenda, que jamás tuvo “esas rudezas de la voz, esos desvíos fingidos, esos atrevimientos de la mano, esos alardes de la fuerza que vician, afean y merman el generoso amor paterno . . . ,” y creer que hallar el plinto o base de la suma dignidad en aquel que “ni en sí, ni en los demás humilló nunca al hombre.”

Bajo la égida del respeto pone la vida toda, la que se desenvuelve en la paz y la que con altivez y desprendimiento pónese en trance sumo durante la guerra: “La guerra— escribe este romántico a lo Mazzini—debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio.” Y efectivamente, su pueblo, que tanto sufriera por conseguir su justa liberación, perdonaba al día siguiente de la paz a quienes habían hecho armas contra él o habían ayudado al enemigo a caer sobre sus hombres por sorpresa. Esa noble página de la historia nacional no debe olvidarla Cuba, no como motivo de narcisismo moral, sino como ocasión en que descubre uno de los más profundos y bellos rasgos de su alma colectiva que le importa cuidar y mantener vivaz, ya que en nuestras cardinales y peculiares pasiones hemos de hallar siempre los motivos íntimos con que conseguir mover el alma de los pueblos en una vía ascendente; ahí radica la vitalidad. Cuba y Martí se hallan y confunden en la generosa visión del respeto. Bajo las alas de éste, encontró Martí el calor ideal que precisaba su visión de amor.

Amor al amor.—Es tan vigoroso el sentimiento del amor en la figura lacerada del apostólico pensador cubano, tan por encima de las propias aflicciones, vejaciones y amarguras colocó su espíritu, tan hondamente cristiana era

su alma, que presidiario a los diecisiete años, no descubre en sí la fuente del rencor, del odio, sino que “descubre a Dios,” a la “hermandad humana” y a la “libertad.” Es decir, descubrió los que van a ser para siempre internos senderos de su alma; por ellos hubo de deambular sin zigzags, seguro de que era la *diritta via*, quien luego de hacerlas carne y sangre propia, pudo escribir estas palabras de grandeza ética y poética insuperables:

“Yo para quien la venganza y el odio son dos fábulas que en horas malditas se esparcieron por la tierra . . . veo a los hombres en dos bandos, los que aman y fundan; los que odian y deshacen. . . .”

He ahí la clave del arco de la visión martiana: sólo el amor es creador; los manes de Platón y San Agustín debieron acoger con fruición esta oración de unión con ellos. Ésa es la nota que va a dar Martí en el curso de su breve vida; para enaltecer el amor están igualmente tensas las cuerdas de su lira a los diecisiete años que a los cuarenta y un años; así se acerca a la muerte, no sólo sereno sino declarando momentos antes de caer en el combate que para él “ya es hora”; había escrito que creía “en la muerte necesaria como la almohada y el triunfo y la levadura de la vida,” y sin duda se sintió llamado, y va a ella como si estuviera cierto de que, pues había amado férvidamente, también había fundado, y su hora estaba madura.

El poseso.—Como los místicos se enamoraban a veces de la humanidad de Cristo y vivían impacientes por la lentitud con que llegaba el momento en que definitivamente se fundiesen amante y amado, así Martí, enamorado de la idea de libertar a su patria, llega el momento en que se siente plenamente arrastrado psicológicamente por esa idea, y con los ojos puestos en semejante amor y en actitud votiva escribe: “Roa la infamia el instante en que todo mi triste corazón no esté adorando en ti.” Esa íntima apetencia de su alma, que forma como la yema apical de sus anhelos y nos descubre al iluminado, al poseso, que ofrenda su espíritu, brotó en él, durante una velada musical en que, removido sin duda su fondo emocional, debió

aparecersele con toda limpidez y desnudez la razón de ser de su vida; parecía haber sorprendido el secreto íntimo de la zona más inconsciente de su alma. A partir de ese momento la visión mesiánica se adueña de él. Recordad las brujas de Macbeth; ellas susurran al oído de éste: "Tú serás rey"; y logran imantar la voluntad de Macbeth, quien a la postre, creyéndose señalado por el destino para tal fin, dispara hacia ese blanco sus acciones.

Las brujas debieron derramar en los oídos de Martí muy desde el inicio de su vida, cuando sufría en el presidio, palabras mesiánicas que él no acierta plenamente a descifrar, pero cuyo alcance parece presentía; así lo sugiere la reciedumbre de su acento vaticinador; así lo delata más tarde en la aludida velada musical cuando presa su alma de la embriaguez metafísica que proporcionan las hondas melodías, ve súbitamente llenarse de luz su futuro, como si hubiese hallado al hombre que buscaba en sí mismo; así lo hace pensar, por último, el que ese nuevo hombre por él hallado en los repliegues de su alma, hombre que se entrega a la causa de su patria, le hubiere sido anunciado, como dice, por "avisos sagrados del corazón."

Martí, como los aedas de Grecia, es un poeta religioso que pasa con pie ligero por la vida, enciende en un nobilísimo amor a su pueblo, y desaparece dejando no una estela pasajera, sino la permanente inquietud de un aguijón clavado en el cogollo de su país. Sus palabras son de amor, pero también de deber; no hay en él invitación a gozar del dionisiaco y fácil placer que el trópico ofrece a las naturalezas de mísera sinceridad cultural, sino antes bien estímulos para convertir la abundancia y fertilidad emocional de sus nativos en circunstancias propicias a la exaltación de todos los valores humanos en el hombre.

Sentido de la Patria.—Pero ¿cómo concibe Martí esa Patria en que vienen a converger las luces de su alma? He aquí sus postreras palabras, escritas en la carta última, cuando parece palpar la muerte cercana: "*Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber.*" ¡Agonía y deber! El hombre de estudios clásicos es quien formula

la expresión primera: ¡agonía!, es decir, lucha, combate; y ¡deber!, norma, visión en que orientar la propia conducta. Ya está en el campo de liza el luchador; su acento va a encenderse hasta hacer de cada palabra ascua viva que ahuyente de sus compatriotas el beleño de la idea de lo imposible; sus flechas de arquero experto van disparadas con ejemplar intuición hacia el blanco preciso del ideal realizable; gracias a ello, él fué, merced a su poder lírico, quien puso fuego en el alma y contribuyó como ninguna otra personalidad a que aquellas generaciones concibiesen la libertad política como exigencia imperiosa de la moralidad. Por el deber a la libertad; y por el combate, por la lucha perdurable, a la erección de una Patria que sea asilo de la justicia. De esta suerte se establece en su conciencia una serie de equivalencias ideales que el hombre de todos los tiempos debe meditar porque encierra el esquema de una política ética, a saber: Patria es Libertad, y Libertad es el fruto que el calor y presión vital de los ideales van madurando en su marcha eterna hacia la justicia.

Reparad en que la Patria no tiene, pues, su última razón de ser en sí misma, en su mera existencia, sino en la Libertad que procure, en la Justicia efectiva que realice, en la Cultura que engendre. Martí ha escrito a este respecto algo profundo que expresa con palabra vivaz y precisa la dual forma con que la Patria ha sido y es concebida, dualismo que origina el que de tiempo en tiempo muerdan y acometan las jaurías montaraces a quienes saben guardar las jerarquías de los valores. Martí formula así su profesión de fe en la Patria: "*La conciencia universal de la honra no excluye la honra patria; pero exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.*"

Así es; no existe una contradicción inicial entre la Patria y el mundo, como no la hay entre lo particular y lo universal; mas no se quiera desconocer la relación esencial que entre ambos términos existe y ha de existir para tomar el derrotero morboso de poner la Patria sobre todo, ya que el mundo, lo universal histórico, no puede sub-

ordinarse a la Patria, que es lo particular, aunque esencial en la medida en que lo es la individualidad. No podemos decir, so pena de trastocar toda la valoración de la historia como unidad, "el mundo para mi Patria," sino que es menester buscar una expresión más ecuménica y menos lugareña, y reconocer que es "mi Patria para el mundo," y que desde esa plataforma debe ser juzgada la tierra en que nos movemos.

La visión combativa.—Aun en su interior, en su intimidad, la Patria es combate, lucha; ¿entre qué elementos? Martí concentró su atención sobre este fenómeno y nos puso ante los ojos a nosotros españoles, en páginas de nobleza tanta como vigoroso es el estilo en que las redacta, la existencia de dos Españas; aquellas palabras suyas, fuertes, punzantes, son como un puñado de cáusticas ortigas con las que a menudo conviene restregar el corazón. Sí, en cada Patria hay dos patrias, como en cada hombre hay dos hombres; el bien hallado, el aplacido, el satisfecho de sí y de su ambiente circundante, el insensible a la queja y agravio ajeno, porque gravita inerte sobre el hoy sin sentir la sed de bien; y el anhelante, el que lucha cada día por elevarse sobre sí mismo, porque concibe la vida como un eterno proceso de superación, como una ascensión continua, como una carrera en que las virtudes aguijoneadas por los ideales van tendidas hacia adelante ansiosas de lograr su meta inasible. La Patria en Martí es un ideal vivo y a fuer de tal se ofrece con los caracteres de éste: la lucha, el combate, a fin de ir hundiendo, soterrando, cuanto mancille e impurifique a la Patria en su marcha de liberación que es la vía afirmativa.

Esto es, se puede considerar la Patria como un hecho o como una dirección, como algo ya conseguido de lo que gozar, algo quiescente, estático, concluso, logrado, o como una de las veredas que conducen hacia la nueva Jerusalén, castillo de la Justicia; es decir, una vía que exige desvelos perdurables, pero que está llena a su vez de motivos de goce, porque es la única que extiende ante nosotros una perspectiva de creación, de ennoblecimiento histórico.

Duerme, alma mía, duerme,
Duerme y descansa,
Duerme en la vieja cuna
De la esperanza.

Miguel de Unamuno

No duermas, no, dirá Martí, y con él cuantos sienten en las entrañas del espíritu la desazón que produce la espuela del ideal; no duermas, porque la Patria nunca está hecha, de igual modo que el hombre no termina jamás la obra de formarse a sí mismo; siempre cabe un plus de bondad en nuestro querer, de sapiencia en nuestro conocer, de perfección en la unidad de nuestra vida; y en los pueblos, mientras haya un ignorante que redimir, un necesitado que amparar, una injusticia que reparar, un oprobio de que liberarse, o una posibilidad de bien individual o colectivo que traducir en realidad, debe haber combate, lucha, agonía, y como eso es eterno, eterna ha de ser la lucha por formar el hombre justo y la Patria justa. Crear y realizar; no más crear, dice Martí, es "oficio de poetas," pero llevar a la vida lo creado es "oficio de hombres." Y la historia es oficio de hombres, la historia por excelencia, la de la vida civil, se eleva si inyectamos en la obra cotidiana los más altos ideales, pero no con el mero desbordamiento báquico de bellas palabras narcotizantes.

Recordad la parábola de la isla de las Sirenas. El atractivo que los cantos de éstas ejercían sobre los navegantes sólo pudo ser vencido por Ulises y sus hombres, condenando a éstos a no escucharlos y atándose él, es decir, forzándose a la inacción; pero Orfeo las venció muy de otra suerte: elevó el tono de su canto por encima del de las sirenas, las venció por su mayor grandeza. Martí es un órfico que no se encadena, sino que vence las solicitudes que emergen de la vida por los acordes bellos de su espíritu. Allá, en el fondo a veces invisible del alma individual y colectiva, batallan siempre lo que Nietzsche llamó la Patria y la Filia, la visión del pasado y la visión del futuro, la tierra de los padres y la tierra de los hijos; y en esa batalla está la depuración. No hay reposo,

dice el Oriente, y por la voz de Buda añade: todo es "Samsara," cambio; y la apolínea Grecia enamorada de la línea vertical no pudo menos, sin embargo, de afirmar que todo fluye. De las arenas abrasadas de Judea llega asimismo la voz que quiere enseñar el descontento eterno, la necesidad de la lucha: "nadie es justo," nos dice; y de aquí, de esta naturaleza lujuriente que invita al regalo, sale también la propia voz temblorosa de los anhelantes, la de Martí: "Puesto que vivir no es placer, cúmplase la vida, ándese."

Los valores directivos.—Pero ¿cómo caminar? ¿hacia dónde mirar para hallar el lucero orientador? Martí vió con gran acuidad al llegar ese momento discursivo en que le guía, aun más fuertemente que su razón, su lógica pasional de intuitivo, esto es, de poeta, que la luz ha de venir de algo que tenga el carácter de un valor inexpugnable en la cultura, por ser de esencia a lo humano. Y Martí, que tenía idealidades profundas de español, halla la base de su estimativa en el honor; en él asienta justicia y libertad. ¡Cómo se nota cuando analiza Martí—poniendo en ello toda su alma—lo que honor, justicia y libertad entrañan, su íntimo contacto con el grupo filosófico que llenaba el ámbito del pensamiento español en la década de 1880!

Al leer con sosiego las obras de Martí sorprende la insistencia con que acuden a su pluma los vocablos honor, heroísmo, justicia y libertad; su espíritu vive bajo el complejo de las realidades que esas voces evocan en él; con esas realidades quería Martí henchir a la Patria que iba a fundar; aspiraba a transfigurar a Cuba desde dentro, quería cambiar la carne, no la corteza; el grano, no la cáscara; y por eso despliega ante sí esas vías cardinales por donde llegar a la más íntima intimidad.

a) *Honor.*—¡Honor! "Amo con pasión—escribe—la dignidad humana;" "peleo por poner al hombre en el pleno goce de sí mismo," "por defender el decoro del hombre en la libertad de la Patria;" y para que no hubiera lugar a duda de que el honor era para él la virtud condicionante de

la vida civil, añade estas inequívocas palabras: "Quiero que la primera ley cubana sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre." Hacer la dignidad objeto de un mandamiento legal es un rasgo bello e infantil análogo al de nuestros románticos doceañistas cuando escribían en la Constitución de Cádiz que los españoles habrían de ser justos y benéficos; mas en el caso de Martí, su irresponsabilidad como legislador permite ver más límpidamente el afán del ideólogo: hacer del honor la virtud básica. El honor es en verdad el soporte de la moral individual y colectiva; pero el honor interno, el que significa conciencia de la propia dignidad y respeto a las esencias humanas albergadas en ese sentimiento de sí, así entendido, el honor es un sentimiento a fortalecer; mientras es vivaz, toda esperanza de un mañana mejor para individuos y pueblos está fundada; cuando esa apreciación de sí mismo se pierde, entonces la mancha enturbia la fuente de donde manan las acciones que permiten la esperanza.

b) *Heroísmo.*—Pero ¿cómo mantener claro ese íntimo hontanar? He ahí la fundación del heroísmo; "los pueblos—escribe Martí—viven de la levadura heroica"; de un heroísmo que se extiende a todas las actividades del espíritu, a la ciencia, al arte, a la política; heroísmo para mantener siempre alerta la conciencia en su función especulativa, sabiendo desprenderse en cada hora de lo que la vida en su fluír vaya mostrando que es caduco; heroísmo para luchar por la verdad parcial que ante nosotros aun se presenta como interrogación; heroísmo para lograr aprisionar una vibración del universo sentimental en nuevas formas melódicas, a expresar con colores y líneas nuevos temas pictóricos; heroísmo en la conducta para consigo o en la conciencia, porque sólo así es posible que maduren en el seno de la historia los frutos ideales. ¿Qué sería de todos sin el heroísmo, sin que hubiese habido pueblos y hombres que, como Martí, ayudasen a los pueblos a quitarse de los hombros el velo funerario de la resignación? Todos somos los hijos de los héroes de ayer, y al honrar a

Martí honramos la virtud heroica, porque el presente ha sido engendrado entre dolores a veces cruentos, y sólo en la medida en que se esté dispuesto a reanudar el esfuerzo que se elogia, seremos colaboradores en la obra de convertir la sociedad en una ciudadela con más luz de justicia.

c) *Justicia y Libertad*.—Justicia y libertad viven para Martí en desposorio ideal que debe traducirse en consorcio vivo; si sólo hay libertad en la justicia, en vano intentaríase buscar justicia verdadera a menos de inquirir en el mundo de la libertad; por eso cuando se pregunta a sí mismo para qué la libertad, respóndese al instante: “Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno”; no puede darse una más noble ambición; “¡para que el hombre realice en ella su fin pleno!”; y llegado el momento de la lucha armada, pone en su bandera, como divisa, estas palabras que tienen tanto más sentido cuanto se las considere como hijas de una germinal orientación de democracia social: *Con todos y para el bien de todos*. Con todos; con el poderoso y el humilde, con el blanco y el hombre de color; para el bien de todos, es decir, para hacer hombre al hombre en un común hogar de cultura donde se vaya liberando la vida de la ganga que la impurifica, y se dé ocasión, como él escribe, a que “lo mejor del hombre se revele y prevalezca sobre lo peor.”

Martí, cuya frente tenía redondez de bóveda como para que resonaran en ella amplia, dilatadamente, los ecos de todas las ideas, acogió, sin embargo, preferentemente los quejidos de los dolores civiles, y fué en este sentido un legionario del ideal que sale al campo de la historia como heraldo de libertad a la que sirve entregándole gozoso el pensamiento y la vida; por esto, en la patética carta que escribe a su madre suplicante cuando marcha él con el alma ligera y llena de claridades hacia el campo de la guerra, dícele, “¿por qué nací de usted, de una vida que ama el sacrificio?”

Si hubiese de interpretar de un modo amplio el modo como Martí concibió la libertad, yo me atrevería a expresarlo acercándolo a mi propio sentir; concibiendo la

libertad como el hogar metafísico de la historia de donde parten los cauces por donde fluyen los grandes anhelos. ¡Libertad!, dice el alma acongojada por el anhelo religioso cuando quiere expresar lo infinito dentro de lo limitado; y esa voz, libertad, se hace en tal momento mensaje que llevan en sí las oraciones de todas las religiones cuando el creyente busca la divinidad; ¡libertad! piensa o siente todo artista que se debate por revestir de formas puras sus creaciones y lucha con la necesidad de utilizar materiales que le atan a la realidad; ¡libertad! dicen pueblos e individuos cuando se sienten aherrojados o perseguidos, cuando en vez de justicia les dan el pan amargo del vilipendio o la irrespetuosidad. En el hogar de la libertad así concebida se incineró Martí.

Esa libertad nunca se goza como dádiva; no puede decirse con la mirada puesta en el paisaje que descubre la fantasía: “Barquero, llévame al reino donde la belleza vive sin mácula, la justicia sin imperfecciones y la verdad sin el velo de Maya; barquero, libértame, corta las amarras de este esquife puntiagudo en que va embarcada la vida . . .”; no, la respuesta de la vida es: boga hacia la libertad, boga y no desmayes, que sólo hay justicia y libertad para quien, como Martí le entrega alma y vida. “¡Poned la justicia—decía—tan alta como las palmas!”; mas subrayemos la demanda: ¡poned!, es decir, ¡esforzaos!; sólo así podrá conseguirse lo que el gran poeta civil que hay en Martí expresó con estas cinceladas palabras: “*tienda sus alas el espíritu santo del Derecho, la paloma blanca de la Libertad y la Justicia*.”

Quien honre, pues, a Martí con verdad, no podrá reducir su ofrenda a un rito externo, sino que necesitará, como ha escrito un lírico a que he aludido,

Hacerle un duelo de labores y esperanzas.

Yunques sonad, enmudeced campanas.

Ya lo oyes, juventud; no te sientas decaer en tus anhelos de una vida individual y colectiva como la soñada y vivida por el Maestro; suscita en ti una atmósfera

espiritual de magnanimidad y entusiasmo; no olvides que cuando el sol sale no amanece para todos; sólo es nuevo el día para aquel a quien trae un nuevo afán; pues en el goce que nos produce el renovarnos es donde radica el verdadero amanecer del alma; riega con el frescor de nobles ambiciones la llegada de la mañana y ellos absorben el jugo de los deseos, tamizando y desechando las armas de los impulsos sin valor; hazlo, si has de honrar al héroe, al hombre ejemplar.

Envío.—Yo a mi vez, evocando su áurea figura dígoles: ¡Martí! Jerarca eterno del alma cubana, luz en la noche, recibe en este día la ofrenda conmovida y filial, no de la España oficial que te hiciera sufrir, sino de la España que tú amaste; de la que como tú, Maestro, vivió y vive acongojada por hambre y sed eterna de justicia!

FERNANDO DE LOS RÍOS

UNIVERSIDAD DE GRANADA

UN ESCRITOR COSTUMBRISTA ARGENTINO. APOSTILLAS A FRAY MOCHO

SABIDO es que escritores a los cuales ha alabado una generación hasta lo infinito, son negados por la siguiente, vueltos a alabar o a renegar por las otras y así, en una como pleamar de juicios contradictorios, llevados y traídos por las olas del tiempo, hasta quedar fijos en la inmortalidad u olvidados. Sobre *Fray Mocho* no se ha podido decir aún la palabra definitiva, ha faltado tiempo; mas un hombre de varias generaciones posterior a la suya, bien puede intentar una revisión de valores acerca de él: es a lo que espero contribuir con estas apostillas, ya que el estudio meditado y sereno que se merece su obra tan típica deberá ser hecho por un profesional de la crítica, analizando la figura de este pintoresco *Fray Mocho*, cuya influencia en la literatura argentina es más vasta de lo que a primera vista se creyere. Su obra proyecta una larga sombra, prueba de que su altura es prócera.

Tierra fecunda en artistas—porque lo fué en héroes—es Entre Ríos, provincia natal de José Sixto Álvarez (*Fray Mocho*). De Entre Ríos son Martiniano Leguizamón y Evaristo Carriego, de perfil tan nítido, por no citar más que a pocos; y en Entre Ríos están inspirados los bocetos que Alberto Gerchunoff publicara en *Los gauchos judíos*; de allí también sacó Florencio Sánchez sus agrias escenas de *Barranca abajo*; y en Entre Ríos está inspirado *Un viaje al país de los matreros*, el libro que atrajo sobre *Fray Mocho* la atención de los buenos catadores de lo bello y sabroso. Antes, y bajo otro seudónimo, había publicado *Memorias de un vigilante*, lleno de observación aguda, gracia picaresca y soltura de estilo.

Reparemos en estas tres cualidades, porque son las virtudes del *Fray Mocho* artista. Su primer libro anuncia bien al pintor de costumbres y de tipos que será el autor de *Un viaje al país de los matreros*; y anuncia también a